

Fonché una anecdota acerca de la Convención en la que Robespierre le dirigió la palabra, la contaba de este modo: «Robespierre me dijo: Duque de Otranto, irá usted al Hotel de la Ville.» De modo que hay un precedente.

BRUEL

Déjame anotar esa frase. Pero no pongamos barón, porque yo reservo para el final el decir los favores que ha recibido.

BIXIOU

¡Ah! bueno. Ese será el golpe final, el resumen del artículo.

BRUEL

¿Ve usted?...

Al nombrar al señor de la Billardière barón, hidalgo ordinario...

BIXIOU, *aparte*

Sí, muy ordinario.

BRUEL, *continuando*

De la cámara, etc., el rey recompensó al mismo tiempo los servicios prestados por el preboste, que supo conciliar el rigor de sus funciones con la mansedumbre debida á los Borbones y el valor vendeano y que no ha inclinado nunca la cerviz ante el ídolo imperial. Deja un hijo heredero de su abnegación y de sus talentos, etc.

BIXIOU

¿No estará demasiado subido de tono y demasiado rico en colores? Yo rebajaría un poco esa poesía: ¡el ídolo imperial! ¡inclinarse la cerviz! ¡Diablo! veo que el teatro estropea el estilo hasta el punto de olvidar la pedestre prosa. Yo pondría: *pertenecía al pequeño número de los que*, etc. Simplifica, se trata de un hombre simple.

BRUEL

Otra frasecita de zarzuela. Bixiou, tú harías tu fortuna en el teatro.

BIXIOU

¿Qué has puesto acerca de Quiberon? (*Lee.*) No es esto. Yo lo redactaría de este modo:

Asumió en una obra publicada recientemente todas las desgracias de la expedición Quiberon, dando así ejemplo de una abnegación que no retrocedía ante ningún sacrificio.

Esto es fino y ocurrente, y tú salvas á la Billardière.

BRUEL

¿A expensas de quién?

BIXIOU, *serio como un cura que sube al púlpito*
De Hoche y de Tallien. ¿No conoces esta historia?

BRUEL

No. Estoy suscrito á la colección de los Baudouin, pero no he tenido aún tiempo para abrirla. No veo en eso ningún asunto para el teatro.

PHELLION, *en la puerta*

Señor Bixiou, todos nosotros deseáramos saber qué es lo que puede moverle á creer que el virtuoso y digno Rabourdin, que hace de interino en la división hace nueve meses, que es el jefe de negociado más antiguo del ministerio y que ha sido llamado por el ministro, no será nombrado jefe de división.

BIXIOU

Papá Phellion, ¿conoce usted la geografía?

PHELLION

Creo que sí.

BIXIOU

¿Y la historia?

PHELLION, *con aire modesto*

Tal vez.

BIXIOU, *mirándole*

Tiene usted mal puesto el alfiler de la corbata y se le va

á caer. Pues bien, usted no conoce el corazón humano y está usted tan atrasado en esta materia como en los alrededores de París.

POIRET, *en voz baja á Vimeux*

¡Los alrededores de París! Yo creía que hablaban del señor Rabourdin.

BIXIOU

¿Apuesta en contra mía toda la oficina de Rabourdin en peso?

TODOS

Sí.

BIXIOU

¿Usted también, Bruel?

BRUEL

Ya lo creo. Todos estamos interesados en que nuestro jefe ascienda, porque de ese modo todos ascenderemos un grado.

BIXIOU

Apuesto, pues, y he aquí la razón. Difícilmente la comprenderán ustedes, pero, en fin, la diré. Es justo que el señor Rabourdin sea nombrado (*mira á Dutocq*), porque en él la antigüedad, el talento y el honor están reconocidos, apreciados y recompensados. Es más, el nombramiento interesa á la administración. (*Phellion, Poiret y Thuiller escuchan sin comprender y están como gentes que tratan de ver claro en las tinieblas.*) Ahora bien, á causa de todas estas conveniencias y de estos méritos, reconociendo cuan equitativa es la medida, yo apuesto á que no tendrá lugar. Sí, abortará como han abortado las expediciones de Bolonia y de Rusia, en las que el genio procuró reunir el mayor número de probabilidades de éxito. Abortará como aborta aquí abajo todo lo que parece justo y bueno. Yo me pongo de la parte del diablo.

BRUEL

Pues ¿quién será nombrado?

BIXIOU

Cuanto más miro á Baudoyer, más me convengo de que

reúne las cualidades contrarias, y, por consiguiente, él será jefe de división.

DUTOCQ, *exasperado*

Pues el señor de Lupeaulx, que me mandó llamar para pedirme mi Charlet, me ha dicho que el señor Rabourdin iba á ser nombrado y que el pequeño la Billardiére pasaba de refrendario á Gracia y Justicia.

BIXIOU

¡Nombrado! ¡nombrado! El nombramiento no se firmará hasta dentro de diez días. Se nombrará para Año nuevo. Ahí tienen ustedes, miren á su jefe en el patio y díganme si el virtuoso Rabourdin tiene cara de un hombre que goza del favor ó si le creerían ustedes destituido. (*Fleury corre hacia la ventana.*) Adiós, señores, voy á anunciar al señor Baudoyer el nombramiento del señor Rabourdin, y esto le hará rabiar un poco, y después le contaré nuestra apuesta para reanimarle. Esto es lo que nosotros llamamos en el teatro una peripecia. ¿No es verdad, Bruel? ¿Qué me importa? Si gano me nombrará subjefe. (*Sale.*)

POIRET

Todo el mundo le atribuye talento á este hombre y yo no puedo comprender nunca sus razones. (*Sigue revolviendo papeles.*) Le escucho, oigo palabras y no le saco sentido: habla de los alrededores de París con motivo del corazón humano y... (*deja la pluma y se va hacia la estufa*) dice que se pone de parte del diablo con motivo de las expediciones de Rusia y de Bolonia. En primer lugar, sería preciso admitir que el diablo juegue, y á qué juego... (*Se suena.*) Yo veo en primer lugar el dominó.

FLEURY, *interrumpiéndole*

Son las once, el padre Poiret se suena.

BRUEL

¡Ya! Me voy á escape á secretaría.

POIRET

¿En qué estaba yo?

THUILLER

Dominó, al señor; pues se trata del diablo, y el diablo es un soberano sin constitución. Pero esto parece prestarse al equívoco. Por lo demás... (*Sebastián entra para recoger circulares á firmar.*)

VIMEUX

¿Ya está usted aquí, guapo mozo? Me parece que pronto se le acaban las penas, al fin tendrá usted sueldo. ¡El señor Rabourdin será nombrado! Usted estaba ayer en la reunión de la señora Rabourdin, ¿verdad? ¡Qué feliz es usted pudiendo ir á esos sitios! Dicen que hay mujeres soberbias.

SEBASTIÁN

No sé.

FLEURY

¿Es usted ciego?

SEBASTIÁN

No me gusta mirar lo que no podría tener.

PHELLION, *encantado*

Muy bien dicho, joven.

VIMEUX

¡Qué diablo! bien le gustará á usted mirar á la señora Rabourdin, que es una mujer encantadora.

FLEURY

¡Bah! no tiene muy buenas formas. La he visto en las Tullerías, y preferiría mil veces á Percilliée, la bailarina, la víctima en *Castaing*.

PHELLION

Pero ¿qué tiene que ver una actriz con la mujer de un jefe de negociado?

DUTOCC

En que ambas representan comedias.

FLEURY, *mirando á Dutocq de reojo*

El físico no tiene nada que ver con la parte moral, y si usted entiende que...

DUTOCC

Yo no entiendo nada.

FLEURY

¿Quiereñ ustedes saber qué empleado será nombrado jefe de negociado?

TODOS

Diga usted.

FLEURY

Colleville.

THUILLER

¿Por qué?

FLEURY

La señora Colleville ha acabado por tomar el camino más corto... el de la sacristía.

THUILLER, *secamente*

Soy demasiado amigo de Colleville para dejar de rogarle, señor Fleury, que no hable ligeramente de su mujer.

PHELLION

Las mujeres no debieran ser nunca objeto de nuestras conversaciones, toda vez que no tienen ningún medio de defensa.

VIMEUX

Con tanta más razón, cuanto que la bonita señora Colleville no ha querido recibir á Fleury y que éste la denigra por venganza.

FLEURY

No ha querido recibirme del mismo modo que á Thuiller; pero he ido...

THUILLER

¿Cuándo?... ¿dónde?... ¿debajo de sus ventanas?

Aunque Fleury era temido en las oficinas por su valentía, aceptó silenciosamente la última palabra de Thuiller. Esta resignación, que sorprendió á los empleados, tenía por causa una letra de doscientos francos, de firma bastante dudosa, que Thuiller tenía que presentar á la señorita Thuiller, su hermana. Después de esta escaramuza reinó un profundo silencio. Todo el mundo trabajó desde la mañana hasta las tres. Briel no volvió.

A eso de las tres y media, los preparativos de la salida, la limpieza de los sombreros, el cambio de vestidos, se operan simultáneamente en todas las oficinas del ministerio. Esta media hora, empleada en pequeños cuidados domésticos, ¡abrevia tanto la sesión! En este momento las habitaciones demasiado caldeadas se entibian, el olor particular de las oficinas se evapora, el silencio vuelve. A las cuatro no quedan más que los verdaderos empleados, los que toman su profesión en serio. Un ministro puede conocer á los empleados trabajadores de su ministerio dando una vuelta por sus oficinas á las cuatro en punto, espionaje que ninguno de estos personajes se permite.

A aquella hora, varios jefes se detuvieron en los patios para cambiar impresiones acerca del acontecimiento del día. La generalidad, yéndose de dos en dos, de tres en tres, acababan en favor de Rabourdin; pero los hombres de experiencia como Clergeot, movían la cabeza diciendo: *Habent sua sidera lites*. Todo el mundo evitó cortésmente el encuentro de Saillard y de Baudoyer, pues nadie sabía qué decirles acerca de la muerte de la Billardiére, y comprendían que Baudoyer podía desear la plaza, aunque no se la merecía.

Cuando el yerno y el suegro estuvieron á cierta distancia del ministerio, Saillard movió la cabeza diciendo:

—Esto va mal para ti, mi pobre Baudoyer.

—No comprendo en qué piensa Isabel, que ha empleado á Godard en buscar á toda prisa un pasaporte para Falleix —respondió el jefe.—Godard me ha dicho que ha alquilado una silla de posta, siguiendo la opinión de mi tío Mitral, y á estas horas Falleix está en camino para su país.

—Sin duda para alguna cosa de nuestro comercio —dijo Saillard.

—El comercio que más prisa corre ahora para nosotros es la plaza del señor de la Billardiére.

En este momento se hallaban en la calle de Saint-Honoré, donde Dutocq se les acercó, y saludándoles le dijo á Baudoyer:

—Señor, si puedo serle á usted útil en algo en las circunstancias en que se halla, disponga usted de mí, pues no le soy menos adicto que el señor Godard.

—El ofrecimiento de usted es al menos consolador—dijo Baudoyer—porque ve uno que cuenta con la estimación de las personas honradas.

—Si usted se dignase emplear su influencia para colocarme á su lado como subjefe, tomando á Bixiou como jefe, haría usted la fortuna de dos hombres capaces de todo por usted.

—¿Se burla de nosotros, señor mío?—dijo Saillard abriendo desmesuradamente los ojos.

—Lejos de mí ese pensamiento—dijo Dutocq.—Vengo de la imprenta del periódico de llevar de parte del señor secretario general cuatro líneas acerca de la Billardiére, y el artículo que he leído allí me ha hecho formar excelente concepto acerca del talento de usted. Cuando sea preciso acabar con Rabourdin, yo puedo darle un golpe fatal, y le ruego que se digne acordarse de mí.

Dutocq desapareció.

—Que me cuelguen si comprendo palabra—dijo el cajero mirando á Baudoyer, cuyos ojillos demostraban una extraña estupefacción.—Será preciso mandar á buscar el periódico esta noche.

Cuando Saillard y su yerno entraron en el salón del piso bajo, encontraron un gran fuego, y en torno de él á la señora Saillard, á Isabel, al señor Gaudron y al cura de san Pablo. El cura se volvió hacia el señor Baudoyer, á quien su mujer hizo una seña de inteligencia que éste no comprendió.

—Señor—dijo el cura,—he querido apresurarme á venir para darle á usted las gracias por el magnífico regalo con que ha embellecido usted mi pobre iglesia. Yo no me atrevía á empeñarme para comprar esa hermosa custodia, digna de una catedral. Usted, que es uno de nuestros más piadosos y asiduos feligreses, debió quedar más sorprendido que

nadie de la desnudez de nuestro altar mayor. Dentro de algunos momentos iré á ver á monseñor el coadjutor, el cual no tardará en darle á usted pruebas de su satisfacción.

—Yo no he hecho nada aún... dijo Baudoyer.

—Señor cura—respondió su mujer cortándole la palabra,—yo puedo revelar su secreto por entero. El señor Baudoyer cuenta acabar su obra regalando un palio para la próxima fiesta del Corpus; pero esta adquisición depende un tanto del estado de nuestros bolsillos, y nuestro bolsillo depende de nuestro ascenso.

—Dios recompensa á los que le honran—dijo el señor Gaudron retirándose con el cura.

—¿Por qué no nos honran ustedes participando de nuestra pobre comida?

—Quédese usted, mi querido vicario—dijo el cura á Gaudron.—Usted ya sabe que yo estoy invitado por el señor cura de San Roque, que entierra mañana al señor de la Billardière.

—¿Puede recomendarnos el señor cura de San Roque?—preguntó Baudoyer, á quien su mujer tiró violentamente de los faldones de la levita.

—¿Quieres callarte, Baudoyer?—exclamó llevándole á un rincón para decirle al oído:—Tú has regalado á la parroquia una custodia que cuesta cinco mil francos. Ya te lo explicaré todo.

El avaro Baudoyer hizo una mueca horrible y permaneció pensativo durante toda la comida.

—Pero ¿por qué te has movido tanto con motivo del pasaporte de Falleix? ¿En qué te metes tú?—le preguntó al fin.

—Me parece que los negocios de Falleix y los nuestros son una misma cosa—respondió secamente Isabel, dirigiendo una mirada á su marido para indicarle al señor Gaudron, ante el cual tenía que callar.

—Seguramente—dijo el padre Saillard pensando en su comandita.

—Supongo que habrá usted llegado á tiempo á la redacción del periódico—preguntó Isabel á Gaudron, al mismo tiempo que le servía un plato.

—Sí, querida señora—respondió el vicario.—Tan pronto como el director del periódico vió la letra del secretario del gran limosnero, no opuso la menor dificultad. La noticia se da en el lugar más conveniente, nunca lo hubiera creído;

pero ese joven del periódico tiene una inteligencia muy aguda. Los defensores de la religión podrán combatir la impiedad sin desventaja, pues hay muchos talentos en los periódicos realistas. Todo me hace pensar que el éxito coronará las esperanzas de ustedes. Pero piense usted, mi querido Baudoyer, en proteger al señor Colleville, por quien se interesa Su Eminencia, hasta el punto que me recomendó que le hablase á usted de él.

—Si yo soy jefe de división, le nombraré jefe de negociado de mis oficinas, si así se desea.

La solución del enigma llegó cuando la comida hubo acabado. La hoja ministerial comprada por el portero contenía los dos artículos siguientes.

«El señor barón de la Billardière ha muerto esta mañana después de larga y dolorosa enfermedad. El rey pierde un servidor adicto y la Iglesia á uno de sus más piadosos hijos. El fin del señor de la Billardière ha coronado dignamente su hermosa vida, consagrada por entero en los tiempos malos á peligrosas misiones, y de poco tiempo á esta parte á las funciones más difíciles. El señor de la Billardière fué gran preboste durante mucho tiempo en un departamento donde su carácter triunfó de los obstáculos que la rebelión hacía nacer. Había aceptado una dirección ardua en la que sus talentos no fueron menos útiles que la amenidad francesa de sus modales para resolver las cuestiones graves que en ella se presentan. Jamás recompensas han sido mejor merecidas que aquellas con que el rey Luis XVIII y Su Majestad se complacieron en premiar una fidelidad que no había vacilado en tiempos del usurpador. Esta antigua familia revivirá en un retoño heredero de la abnegación y de los talentos del hombre excelente cuya pérdida aflige á tantos amigos. Su Majestad ha hecho saber ya que contaba al señor Benjamín de la Billardière entre el número de los hidalgos ordinarios de la cámara.

»Los numerosos amigos que no hayan recibido esquila ó aquellos que no la hayan recibido á tiempo, sepan que las exequias se harán mañana á las cuatro en la iglesia de San Roque. El discurso será pronunciado por el abate Fontanon.»

«Don Isidoro Baudoyer, representante de una de las familias más antiguas de la burguesía parisiense y jefe de negociado en la división la Billardiére, acaba de recordar las viejas tradiciones de piedad que distinguían á aquellas grandes familias tan celosas del esplendor de la religión y tan amigas de sus monumentos. La iglesia de San Pablo carecía de una custodia que estuviese en armonía con la magnificencia de esta basílica, debida á la compañía de Jesús. Ni la fábrica ni el cura eran bastante ricos para adornar el altar mayor. El señor Baudoyer ha regalado á esta parroquia la custodia que muchas personas habían admirado en casa del señor Gohier, platero del rey. Gracias á este hombre piadoso, que no ha reculado ante la enormidad del precio, la iglesia de San Pablo posee hoy esa obra maestra de plata, cuyos dibujos son debidos al señor de Somervieux. Nos complacemos en hacer público un hecho que demuestra cuán vanas son las declamaciones del liberalismo acerca del espíritu de la burguesía parisiense. En todos los tiempos la burguesía fué realista, y así lo seguirá probando cuando la ocasión se presente.»

—El precio era de cinco mil francos—dijo el abate Gaudron;—pero por el hecho de pagarlo al contado, el platero ha moderado sus pretensiones.

—*¡Representante de una de las familias más antiguas de la burguesía parisiense!*—decía Saillard.—Y esto está impreso, y en un periódico oficial nada menos.

—Mi querido señor Gaudron, ayude usted á mi padre á buscar alguna frase para decírsela al oído á la señora condesa al llevarle la paga del mes, una frase que suene bien. Voy á dejarles á ustedes. Tengo que salir con mi tío Mitral. ¿Creerán ustedes que me ha sido imposible encontrar á mi tío Bidault? ¡Y en qué perrera vive! Por fin, el señor Mitral, que conoce sus costumbres, me dijo que ha acabado su trabajo entre ocho y ocho y media, y que pasada esta hora sólo se le puede hallar en un café llamado *Café Themis*, un nombre extraño.

—¿Se trasladó allí la justicia?—dijo el abate Gaudron riéndose.

—¿Cómo irá á un café situado en la esquina de la calle de la Delfina y del muelle de los Agustinos? Me han dicho

que juega allí todas las noches al dominó con su amigo el señor Gobseck. No quiero ir allí sola, y por eso llevo á mi tío para que me acompañe.

En aquel momento apareció Mitral con su cara amarilla, provisto de su peluca que parecía hecha con grama é hizo seña á su sobrina de que fuese, á fin de no disipar un tiempo que se pagaba á dos francos la hora. La señora Baudoyer salió, pues, sin explicar nada á su padre ni á su marido.

—El cielo ha dado á usted en esa mujer un tesoro de prudencia y de virtudes, un modelo de juicio, una cristiana que posee un entendimiento divino—dijo el señor Gaudron á Baudoyer cuando Isabel se hubo marchado.—Sólo la religión forma caracteres tan completos. Mañana diré la misa por el éxito de la buena causa. En interés de la monarquía y de la religión, es preciso que usted sea nombrado. El señor Rabourdin es un liberal suscrito al *Journal des Débats*, periódico funesto, que hace la guerra al señor conde de Chateaubriand. Su Eminencia leerá esta noche el periódico, aunque sólo sea con motivo de su pobre amigo el señor de la Billardiére, y monseñor el coadjutor le hablará de usted y de Rabourdin. Yo conozco al señor cura: cuando se piensa en su querida iglesia, no olvida á nadie en sus sermones. Ahora bien, en este momento tiene el honor de comer con el coadjutor en casa del señor cura de San Roque.

Estas palabras empezaban á hacer comprender á Saillard y á Baudoyer que Isabel no había permanecido ociosa desde el momento en que Godard la había avisado.

—¿Qué astuta es esa Isabel!—exclamó Saillard apreciando con más precisión que el cura el rápido camino de topo recorrido por su hija.

—Isabel ha enviado á Godard á la puerta del señor Rabourdin á saber el periódico que recibía éste—dijo Gaudron.—Y yo se lo he dicho al secretario de Su Eminencia, pues estamos en un tiempo en que la iglesia y el trono deben saber muy bien quiénes son sus amigos y quiénes sus enemigos.

—Hace ya cinco días que busco una frase para decírsela á la mujer de Su Excelencia—dijo Saillard.

—Todo París lee esto—exclamó Baudoyer, cuyos ojos estaban fijos en el periódico.

—Sí, pero ese elogio nos cuesta cuatro mil quinientos francos, hijo mío, dijo la señora Saillard.

—Han embellecido ustedes la casa de Dios—respondió el abate Gaudron.

—Sí, pero también podíamos salvarnos sin eso—repuso.—Si Baudoyer obtuviere la plaza, vale ocho mil francos más, y el sacrificio no sería grande. Pero ¿y si no se la dan? ¡Ay madre mía!—dijo mirando á su marido,—¡qué sangría!

—¡Bah!—dijo Saillard entusiasmado—ya lo recobramos con Falleix, que va ahora á extender sus negocios sirviéndose de su hermano, á quien ha hecho expresamente agente de cambio. Bien podía habernos dicho Isabel por qué se ha ido tan aprisa Falleix. Pero busquemos la frase. Yo he encontrado ya esta: *Señora, si usted quisiese decir dos palabras á Su Excelencia...*

—¿*Quisiese?*—dijo Gaudron—*se dignase*, para hablar más respetuosamente. Por otra parte, es preciso saber ante todo si la Delfina les concede á ustedes su protección, porque entonces podría usted insinuarle la idea de cooperar á los deseos de Su Alteza Real.

—Sería preciso designar también la plaza vacante—dijo Baudoyer.

—*Señora condesa*—repuso Saillard levantándose y mirando á su mujer con amable sonrisa.

—¡Jesús! Saillard, ¡qué raro estás de ese modo! Pero, hijo mío, ten cuidado, porque le vas á hacer reír á esa mujer.

—*Señora condesa...* ¿Estoy mejor así?—dijo mirando á su mujer.

—Sí, hermoso mío.

—*La plaza del digno difunto señor La Billardière está vacante; mi yerno, el señor Baudoyer...*

—*Hombre de talento y eminentemente piadoso*—apuntó Gaudron.

—Escribe, Baudoyer—gritó el padre Saillard,—escribe la frase.

Baudoyer tomó sencillamente una pluma y escribió sin ruborizarse su propio elogio, enteramente lo mismo que lo hubiesen hecho Nathan ó Canalis al dar cuenta de uno de sus libros.

—*Señora condesa...* ¿Ves?—dijo Saillard á su mujer,—yo supongo que tú eres la mujer del ministro.

—¿Te figuras que soy tonta? Ya lo veo—respondió su mujer.

—*La plaza del digno difunto el señor de la Billardière*

está vacante; mi yerno, el señor Baudoyer, hombre de un talento consumado y eminentemente piadoso...

Después de haber mirado al señor Gaudron, que reflexionaba, añadió:

—... *se consideraría muy feliz si la obtuviese.* ¡Ah! me parece que no está mal esto; es breve y lo dice todo.

—Pero, hombre, Saillard, espera, ¿no ves que el señor abate está pensando?—le dijo su mujer.

—*Se consideraría muy feliz si usted se dignase interesarse por él*—repuso Gaudron,—*y al recomendar el asunto á Su Excelencia, favorecería especialmente á la señora Delfina, por la cual tiene el honor de ser protegido.*

—¡Ah! señor Gaudron, esa sola frase ya vale la custodia y ya siento menos los cuatro mil quinientos francos.—Por otra parte, dime, Baudoyer, tú los pagarás, ¿verdad, hijo mío? ¿Has escrito?

—Te haré repetir esa frase y me la recitarás mañana y tarde—dijo la señora Saillard.—Sí, está muy bien hallada esa frase. ¡Qué feliz es usted siendo tan sabio, señor Gaudron! He aquí lo que es estudiar en los seminarios, donde enseñan á hablar á Dios y á sus santos.

—Es tan bueno como sabio—dijo Baudoyer estrechando la mano al sacerdote.—¿Ha sido usted el que ha redactado el artículo?—le preguntó enseñándole el periódico.

—¡No!—respondió Gaudron,—esta redacción es del secretario de Su Eminencia, un joven sacerdote que me debe muchos favores y que se interesa por el señor Colleville. Yo le he pagado algún tiempo la pensión en el seminario.

—Una buena obra siempre tiene su recompensa—dijo Baudoyer.

Mientras que estas cuatro personas se sentaban á la mesa para jugar al boston, Isabel y su tío Mitral llegaban al café Themis, después de haber hablado por el camino del medio que Isabel consideraba la palanca poderosa para torcer la mano del ministro. El tío Mitral, antiguo alguacil muy ducho en trampas, expedientes y precauciones judiciales, consideró que el honor de la familia estaba interesado en el triunfo de su sobrino. La avaricia le hacía sonar la bolsa de Gigonnet, sabía que esta herencia pasaría á su sobrino Baudoyer, y por consiguiente, deseaba una posición en armonía con la fortuna de los Saillard y de Gigonnet, las cuales irían á parar todas á la pequeña Baudoyer. ¿Qué cosa no podría

pretender una muchacha cuya fortuna pasaría de cien mil francos de renta? Había adoptado las ideas de su sobrina y las había entendido: de modo que aceleró la marcha de Falleix explicándole lo muy aprisa que se iba en posta. Después había reflexionado durante la comida acerca del rumbo que convendría imprimir al resorte inventado por Isabel. Al llegar al café Themis dijo á su sobrina que sólo él podría arreglar el asunto con Gigonnet y le hizo quedarse en el coche á fin de que no interviniese más que en tiempo y lugar oportuno. A través de los vidrios, Isabel vió las dos figuras de Gobseck y de su tío Mitral, que se destacaban en el fondo amarillo de las maderas de aquel café viejo como dos cabezas de camafeos, frías é impasibles, en la actitud que su grabador les dió. Aquellos dos avaros parisienses estaban rodeados de caras viejas en cuyas arrugas circulares parecía impreso el treinta por ciento de descuento, arrugas que partiendo de la nariz, rodeaban unos pómulos helados. Aquellas fisonomías se animaron al ver á Mitral y sus ojos brillaron con curiosidad de tigre.

—¡Ah! ¡oh! es el papá Mitral—exclamó Chaboisseau.

Este viejecito hacía descuentos en negocios de librería.

—Sí, es verdad—respondió un comerciante en papel llamado Metivier.—¡Ah! es un viejo mono que entiende en muecas.

—Y usted es un cuervo viejo que entiende en cadáveres—respondió Mitral.

—Justo—dijo el severo Gobseck.

—¿Qué viene usted á hacer aquí, hijo mío? ¿Viene usted á coger á nuestro pequeño Metivier?—le preguntó Gigonnet enseñándole al comerciante en papel que tenía cara de portero.

—Su sobrina Isabel está aquí, papá Gigonnet—le dijo Mitral al oído.

—¡Cómo! ¿hay desgracia?—dijo Bidault.

El anciano frunció las cejas y tomó cierto aire de ternura como el del verdugo cuando se dispone á oficiar; á pesar de su virtud romana, debió de conmovirse, porque su nariz roja perdió un tanto el color.

—Bueno, y si ocurrieran desgracias, ¿no ayudaría usted á la hija de Saillard, que le hace las medias hace treinta años?—exclamó Mitral.

—Si hubiese garantías, no digo que no—respondió Gi-

gonnet.—Yo veo en todo eso á Falleix. Falleix establece á su hermano de agente de cambio, y hace tantos negocios como los Brézac; ¿con qué? con su inteligencia, ¿verdad? En fin, Saillard no es ningún niño.

—Conoce el valor del dinero—dijo Chaboisseau.

Esta frase, dicha entre aquellos ancianos, hubiese hecho temblar á un artista, pues todos menearon la cabeza.

—Por otra parte, á mí no me importa la desgracia de mis semejantes—repuso Bidault-Gigonnet.—Yo tengo por principio no dejarme nunca llevar de mis amigos ni de mis parientes, pues sólo se puede perecer por los lugares débiles. Diríjense ustedes á Gobseck, que es manso.

Los usureros aplaudieron estas doctrinas con un movimiento de sus cabezas metálicas, y el que les hubiese visto hubiera creído oír los gritos de las máquinas mal engrasadas.

—Vamos, Gigonnet, un poco de ternura—dijo Chaboisseau.—hace treinta años que le hace á usted medias.

—¡Ah! eso vale algo—dijo Gobseck.

—Bueno, estamos entre amigos y se puede hablar—dijo Mitral después de haber examinado á los que le rodeaban.

—Vengo para un buen negocio.

—Pues ¿por qué viene usted á nosotros, si es bueno?—dijo agriamente Gigonnet interrumpiendo á Mitral.

—Un muchacho que era hidalgo de la cámara, un viejo chuan, ¿cómo se llama?... la Billardièrre, ha muerto.

—¿De veras?—dijo Gobseck.

—Y el sobrino da custodias á las iglesias!—dijo Gigonnet.

—No es tan tonto para darlas, las vende, papá—repuso Mitral con orgullo.—Se trata de lograr la plaza del señor de la Billardièrre, y para llegar á eso es necesario embargar...

—¡Embargar! ¡siempre alguacil!—dijo Metivier dando golpecitos en la espalda á Mitral.—Me gusta esto á mí...

—Embargar, ó mejor dicho, coger entre nuestras garras á Chardin de los Lupeaulx—repuso Mitral.—Ahora bien, Isabel ha encontrado el medio, y consiste...

—¡Isabel!—exclamó Gigonnet interrumpiéndole de nuevo.

—Esa muchacha, se parece á su abuelo, á mi pobre hermano. Bidault no tenía igual. ¡Ah! si la hubieseis visto en la venta de muebles viejos, ¡qué tacto! ¡qué astucia! Y ¿qué quiere?

—¡Hola! ¡hola!—dijo Mitral.—Papá Gigonnet, veo que os llega á lo vivo. Y ese fenómeno debe tener sus causas.

—¡Niño!—dijo Gobseck á Gigonnet.—¡Siempre demasiado vivo!

—Vamos, mis maestros Gobseck y Gigonnet, ustedes necesitan á Lupeaulx, recuerdan haberle desplumado y tienen miedo de que les pida un poco de su pluma—dijo Mitral.

—¿Se le puede decir el negocio?—preguntó Gobseck á Gigonnet.

—Mitral es de los nuestros y seguramente que no desea perjudicar á sus antiguos clientes. Ahora bien, Mitral—le dijo al oído,—aquí para nosotros tres, nosotros acabamos de comprar créditos cuya admisión depende de la comisión de liquidación.

—¿Qué pueden ustedes sacrificar?—preguntó Mitral.

—Nada—dijo Gobseck.

—No saben que estamos en ello—dijo Gigonnet;—Samaron nos sirve de parapeto.

—Escúcheme usted, Gigonnet—le dijo Mitral.—Hace frío y su sobrina espera. Me comprenderá usted en tres palabras. Entre ustedes dos, es preciso que le envíen sin intereses trescientos mil francos á Falleix, el cual corre en este momento á treinta leguas de París.

—¡Es posible!—dijo Gobseck.

—¿Adónde va?—exclamó Gigonnet.

—Va á la magnífica tierra de Lupeaulx—dijo Mitral.—Conoce el país y se propone comprar entorno de la bicoca del secretario general por valor de doscientos cincuenta mil francos de excelentes tierras, que siempre tendrán su valor. Se tienen nueve días para el registro de las actas, y con este pequeño aumento la tierra de Lupeaulx pagará mil francos de impuestos. Ergo, Lupeaulx pasa á ser elector del gran colegio, elegible, conde y todo lo que quiera. ¿Saben ustedes cuál es el diputado que se ha arruinado?

Los dos avaros hicieron un signo afirmativo.

—Lupeaulx se cortaría una pierna por ser diputado—repuso Mitral.—Pero quiere tener á su nombre los contratos que nosotros le enseñaremos, hipotecándolos como es consiguiente con subrogación en los derechos de los vendedores. ¡Ah! ¡ah! ¿entienden ustedes? Primero nos es preciso la plaza para Baudoyer; después les volveremos á entregar á ustedes á Lupeaulx. Falleix se queda en el país y prepara la materia electoral; de este modo ustedes ya hacen la puntería

á Lupeaulx por medio de Falleix, durante todo el tiempo de la elección, una elección de distrito en que los amigos de Falleix constituyen la mayoría. ¿Hay algo de Falleix en todo esto, papá Gigonnet?

—Lo que hay es algo de Mitral—repuso Metivier.—Está bien urdido.

—Hecho—dijo Gigonnet,—¿verdad, Gobseck? Falleix nos firmará contravalores y pondrá la hipoteca á su nombre; nosotros iremos á ver á Lupeaulx en tiempo útil.

—Y nosotros—dijo Gobseck,—nosotros somos robados.

—¡Ah! papá—dijo Mitral,—ya quisiera yo conocer al ladrón.

—Nosotros no podemos ser robados más que por nosotros mismos—respondió Gigonnet.—Nosotros hemos creído hacer bien comprando los créditos de todos los acreedores de Lupeaulx al sesenta por ciento de descuento.

—Ustedes le harán una hipoteca sobre su tierra y le pueden cobrar los intereses—respondió Mitral.

—Es posible—dijo Gobseck.

Después de haber cambiado una astuta mirada con Gobseck, Bidault, apodado Gigonnet, salió á la puerta del café.

—Isabel, prima mía, adelante. Tenemos cogido á tu hombre, pero no abandones los accesorios. La cosa está bien empezada, con astucia, acabada. Cuenta con la estimación de tu tío...

Y le golpeó alegremente la mano.

—Metivier y Chaboisseau podrían hacernos daño yendo esta noche á alguna redacción de un periódico ministerial para hacer público nuestro proyecto. Vete tú sola, hija mía, pues no quiero dejar solos á estos pájaros.

—Mañana los fondos partirán á su destino mediante una palabra dicha al administrador general, y nosotros encontraremos en casa de nuestros amigos los cien mil escudos en papel—dijo Gigonnet á Mitral cuando el alguacil se fué á hablar con los otros usureros.

Al día siguiente los numerosos suscritores de un periódico liberal leyeron en las primeras páginas un artículo inserto por recomendación de Chaboisseau y Metivier, accionistas de dos periódicos, prestamistas de librería, de imprenta y de papelería, á los que ningún redactor podía negar nada. He aquí el artículo.

«Ayer un periódico ministerial indicaba evidentemente como sucesor de la Billardiére al señor Baudoyer, uno de los ciudadanos más recomendables de un barrio poderoso, en el que su benevolencia no es menos reconocida que su piedad, en la cual tanto hincapié hace la hoja ministerial; ¡bien hubiera podido hablar de sus talentos! Pero ¿no ha pensado que alabando la antigüedad burguesa del señor Baudoyer, que es ciertamente una nobleza como cualquiera otra, indicaba la causa de la exclusión verosímil de su candidato: ¡Perfidia gratuita! La buena dama acaricia á aquel á quien mata, según su costumbre. Nombrar al señor Baudoyer sería rendir homenaje á las virtudes, á los talentos de las clases medias, de las que seremos siempre abogados, aunque á veces veamos nuestra causa perdida. Este nombramiento, que sería un acto de justicia y de buena política, no se lo permitirá el ministerio. En esta ocasión el periódico religioso tiene más talento que sus amos y seguramente que le reñirán.»

Al día siguiente por la mañana, viernes, día de comida en casa de la señora Rabourdin, á quien Lupeaulx había dejado á media noche deslumbrante de belleza en la escalera de los Bufones, dando el brazo á la señora de Camps (la señora Firmiani acababa de casarse), el viejo corrido despertó con sus ideas de venganza calmadas, ó mejor dicho, frescas; estaba ocupado de lleno por la última mirada cambiada con la señora Rabourdin.

—Yo me aseguraré á Rabourdin perdonándole primero y lo volveré á recoger más tarde. Por de pronto, si no obtuviese la plaza, sería preciso renunciar á una mujer que puede llegar á ser uno de los instrumentos más preciosos para una gran fortuna política; lo comprende todo, no recula ante ninguna idea. Después, yo sabré antes que el ministro el plan de administración que ha concebido Rabourdin. Vamos, mi querido Lupeaulx, se trata de vencerlo todo por tu Celestina. En vano hace usted muecas, señora condesa; usted invitará á la señora Rabourdin á la primera velada íntima.

Lupeaulx era uno de esos hombres que para satisfacer una pasión saben esconder su venganza en un rincón de su corazón; así es que hecha la apuesta resolvió hacer que nombrasen á Rabourdin.

—Querido jefe, yo le probaré á usted que merezco una buena plaza en un presidio diplomático—se dijo sentándose en su despacho y abriendo los periódicos.

A las cinco sabía demasiado bien lo que debía contener el periódico ministerial para entretenerse en leerlo; pero lo abrió para mirar el artículo de la Billardiére pensando en el apuro que le había puesto Bruel llevándole la burlona redacción de Bixiou. No pudo menos de reirse al leer de nuevo la biografía del difunto conde de Fontaine, muerto algunos meses antes y que él había reimpresso para la Billardiére, cuando de pronto sus ojos fueron sorprendidos por el nombre de Baudoyer. Leyó con furor el referido artículo que comprometía al ministerio, se apresuró á llamar y envió recado á Dutocq de que se le presentase para mandarlo al periódico, ¡Cual fué su asombro al leer la respuesta de la oposición! pues por casualidad fué la hoja liberal la primera que llegó á sus manos! La cosa era seria. El conocía aquella partida, y el maestro que emborronaba sus cartas le pareció un griego de primera fuerza. Disponer con aquella habilidad de dos periódicos opuestos en el instante, en la misma noche, y comenzar el combate adivinando la intención del ministro. Reconoció la pluma de un redactor liberal conocido suyo y se propuso interrogarle por la noche en la Opera. Dutocq se presentó.

—Lea usted—le dijo Lupeaulx tendiéndole los dos periódicos y continuando la lectura de las demás hojas para saber si Baudoyer había tocado alguna otra cuerda.—Vaya usted á saber quien se ha atrevido á comprometer de este modo al ministerio.

—No creo que sea el señor Baudoyer, porque ayer en todo el día no salió de la oficina—respondió Dutocq.—No necesito ir al periódico. Cuando llevaba su artículo de ayer, he visto al cura que se había presentado provisto de una carta del gran limosnero, ante el cual usted también se hubiese inclinado.

—Dutocq, usted le tiene rencor al señor Rabourdin, y eso no está bien, pues impidió dos veces su destitución. Bien es verdad que nosotros no somos dueños de nuestros sentimientos; puede uno odiar á su bienhechor. Únicamente que yo he de hacerle una advertencia, y es que si se permite usted contra Rabourdin la menor traición sin que yo se lo ordene, estará usted perdido y me contará entre el número

de sus enemigos. Respecto al periódico de mi amigo, que el gran limosnero haga el mismo número de suscripciones que le tomamos nosotros, si quiere servirse de él exclusivamente. Estamos á fin de año, la cuestión de la suscripción se discutirá muy pronto y nos entenderemos. Respecto á la plaza de la Billardiére, hay un medio de acabar, el cual medio consiste en hacer hoy mismo el nombramiento.

—Señores—dijo Dutocq entrando en las oficinas y dirigiéndose á sus colegas,—no sé si Bixiou tiene don para leer en el porvenir, pero si no han leído ustedes el periódico ministerial, les invito á que lean el artículo relativo á Baudoyer; además, como el señor Fleury tiene el periódico de oposición, pueden ustedes ver en él la réplica. Ciertamente que el señor Rabourdin tiene talento, pero un hombre que en los tiempos que corren da á las iglesias custodias de ocho mil francos, también tiene extraordinario talento.

BIXIOU, *entrando*

¿Qué dicen ustedes de la primera á los Corintios contenida en nuestro diario religioso y de la Epístola á los ministros que lleva el periódico ministerial? ¿Cómo va el señor Rabourdin, Bruel?

BRUEL, *llegando*

No sé. (*Se lleva á Bixiou á su despacho y le dice en voz baja*): Querido mío, vuestra manera de ayudar á las gentes se parece á las maneras del verdugo, que pone los pies sobre los hombros de los condenados para ahorcarle á uno antes. Usted me ha hecho recibir un responso de Lupeault, que me está bien empleado por necio. Era bonito el artículo acerca de la Billardiére. No olvidaré nunca esa jugada. La primera frase parecía decirle al rey: *Es preciso morir*. Aquella acerca de Quiberon significaba claramente que el rey era un... En fin, todo era irónico.

BIXIOU, *echándose á reír*

¡Toma! ¿se enfada usted? ¿De modo que ya no puede uno hablar en broma?

BRUEL

Hablar en broma, hablar en broma. Cuando usted quiera ser jefe, también se le responderá con bromas, querido mío.

BIXIOU, *con tono amenazador*

¿Quedamos enfadados?

BRUEL

Si.

BIXIOU, *con aire seco*

Tanto peor para usted.

BRUEL, *pensativo é inquieto*

¿Perdonaría usted una cosa semejante?

BIXIOU, *con cariño*

¿A un amigo? ¡Ya lo creo! (*Se oye la voz de Fleury.*) Aquí está Fleury, que maldice á Baudoyer. ¿Eh? ¿Está bien hecho? Baudoyer tendría la plaza. (*Confidencialmente.*) Después de todo, mejor. Bruel, fijese usted bien en las consecuencias. Rabourdin sería un cobarde si se quedara á las órdenes de Baudoyer y, por lo tanto, presentará la dimisión y esto dejará dos vacantes. Usted será jefe y me tomará á mí como subjefe. Haremos zarzuelas juntos y yo le libraré del trabajo de la oficina.

BRUEL, *sonriendo*

¡Toma! no había caído en eso. Sin embargo, ¡pobre Rabourdin! me daría lástima.

BIXIOU

Ah! ¿es así como usted le quiere? (*Cambiando de tono.*) Pues bien, yo tampoco le compadezco. Después de todo, es rico; su mujer da reuniones y no me invita á mí, que voy á todas partes. Vamos, mi buen Bruel, adiós, y tan amigos (*Sale.*) Adiós, señores. ¿No les decía yo á ustedes ayer que un hombre que no tenía más que virtudes y talento, era muy pobre aunque tenga una mujer guapa?

FLEURY

Usted es rico.

BIXIOU

Así, así, querido Cincinato. Pero ustedes me pagarán la comida en el Rocher de Cancale.

POIRET

Siempre me es imposible comprender al señor Bixiou.

PHELLION, *con aire elegíaco*

El señor Rabourdin lee tan rara vez los periódicos, que tal vez sería útil llevárselos, privándonos de ellos momentáneamente. (*Fleury le tiende su periódico, Vimeux el de la oficina y él toma los dos y sale.*)

En este momento, Lupeaulx, que bajaba para almorzar con el ministro, se preguntaba si antes de emplear la fina labor de sus intrigas para el marido, no aconsejaba la prudencia que sondase el corazón de la mujer, á fin de saber si sería recompensado por su fidelidad. Se tentaba el poco corazón que tenía, cuando encontró á su procurador en la escalera, quien le dijo con esa familiaridad propia de las gentes que saben que son indispensables:

—Dos palabras, monseñor.

—¿Qué hay, mi querido Desroches?—dijo el político.—Esos señores se impacientan y no saben hacer como yo: esperar.

—Corro para advertirle que todos sus créditos están en manos de los señores Gigonnet y Gobseck bajo el nombre de un señor Samanon.

—Hombres á quienes he hecho ganar sumas inmensas.

—Escuche usted—le dijo el procurador al oído,—Gigonnet se llama Bidault y es tío de Saillard el cajero, y Saillard es suegro de un tal Baudoyer, que se cree con derechos á una plaza vacante en su ministerio. ¿No he hecho bien en venir á avisarle?

—Gracias—exclamó Lupeaulx saludando al procurador con aire astuto.

—De una plumada queda usted en paz—dijo Deroches al marcharse.

—¡Esto sí que es inmenso sacrificio!—se dijo Lupeaulx.—No hay medio de hablar de él á una mujer—pensó.—¿Vale Celestina la liquidación de todas mis deudas? Iré á verla esta misma mañana.

De esta suerte la hermosa señora Rabourdin iba á ser en pocas horas el árbitro de los destinos de su marido, sin que ningún poder pudiese prevenirla de la importancia de sus

respuestas y sin que ninguna señal le advirtiese que procurase afectar amabilidad en su actitud y en su voz. Y por desgracia, ella se creía segura del éxito y no sabía que Rabourdin estaba minado por todas partes.

—Bueno, monseñor—dijo Lupeaulx entrando en el cuartito donde almorzaban.—¿Ha leído usted los artículos referentes á Baudoyer?

—Por amor de Dios, querido mío—respondió el ministro,—dejémonos de nombramientos en este instante. Ayer me rompieron la cabeza con esa custodia. Si no quiero dar mi brazo á torcer, para salvar á Rabourdin será preciso hacer cuestión de consejo el asunto de su promoción. Hay para aburrir á uno de los negocios. Para defender á Rabourdin es preciso ascender á un tal Colleville...

—¿Quiere usted dejarme á mí la dirección de ese juguete y no ocuparse de él? Yo le haré pasar todos los días un gran rato contándole la partida de ajedrez que voy á jugar contra el gran limosnero—dijo Lupeaulx.

—Bueno—le dijo el ministro—haga usted el trabajo con el jefe del personal. ¿Ya sabe usted que no hay nada que llame más la atención del rey que las razones contenidas en el periódico de la oposición? ¡Y ahora dirija usted el ministerio con unos cuantos Baudoyer!

—Un imbécil devoto—repuso Lupeaulx,—é incapaz como...

—Como la Billardiére—dijo el ministro.

—La Billardiére tenía al menos las maneras del hidalgo ordinario de cámara—repuso Lupeaulx.—Señora—dijo dirigiéndose á la condesa,—ahora hay necesidad de invitar á la señora Rabourdin á la primera velada íntima, debiendo advertirle que es amiga de la señora de Camps, y yo la he conocido en el palacio Firmiani. Por otra parte, ya verá usted que no es mujer que comprometa un salón.

—Invite usted á la señora Rabourdin, querida mía—dijo el ministro,—y hablemos de otra cosa.

—Ahora sí que está Celestina en mis garras—se dijo Lupeaulx subiendo á su habitación para ponerse un traje de mañana.

Los hogares parisienses están devorados por la necesidad de ponerse en armonía con el lujo que les rodea por todas partes; así es que hay pocos que tengan el juicio de adaptar su situación exterior á su presupuesto interior. Pero este

vicio depende tal vez de un patriotismo completamente francés y que tiene por objeto conservar á Francia su supremacía en materia de trajes. Francia reina por el vestir sobre toda Europa, y todo el mundo siente en ella la necesidad de conservar un cetro comercial que hace de la moda en Francia lo que es la marina en Inglaterra. Este patriótico favor que lleva á sacrificarlo todo es la causa de los trabajos secretos é inmensos que ocupan toda la mañana de las mujeres parisienses cuando éstas quieren, como quería la señora de Rabourdin, arrastrar con doce mil francos de renta el tren que muchos ricos no llevan con treinta mil. Así es que los viernes, día de comida, la señora Rabourdin ayudaba á la camarera á arreglar las habitaciones, pues la camarera iba muy temprano al mercado y el criado limpiaba los cubiertos, doblaba las servilletas y preparaba los vasos. El importuno que por una distracción de la portera hubiese subido á eso de las once ó de las doce á casa de la señora Rabourdin la hubiera encontrado en medio del desorden más pintoresco, en bata de casa, con zapatillas, mal peinada, arreglando ella misma sus lámparas, disponiendo ella misma sus jardineros ó comiéndose á toda prisa un almuerzo poco poético. La visita que hubiese desconocido los misterios de París, hubiera, ciertamente, aprendido á no poner los pies en los bastidores del teatro, porque señalado á poco como hombre capaz de las más grandes torpezas, la mujer sorprendida en sus misterios de mañana hubiera hablado de su necedad y de su indiscreción de un modo fatal para él. La parisiense, tan indulgente con las curiosidades que le aprovechan, es implacable para aquellos que le hacen perder su prestigio; de modo que una invasión domiciliaria semejante, no es un ataque al pudor, sino un robo con fractura, el robo de lo que hay más precioso, *¡el crédito!* Una mujer se deja sorprender gustosa cuando está poco vestida y con los cabellos caídos, cuando estos cabellos son de élla, porque gana, pero no quiere que la vean arreglándose la habitación, porque pierde su fama de mujer distinguida. La señora de Rabourdin estaba sumida en su trabajo del viernes, rodeada de las provisiones que había traído la cocinera, cuando el señor Lupeaulx se trasladó á su casa. La verdad es que el secretario general era la persona á quien menos podía esperar la señora Rabourdin; de suerte que al oír resonar botas en el descansillo, exclamó: «¿Ya está ahí el peluquero?», exclamación tan poco agradable á Lupeaulx como la presencia de éste lo fué para ella. Corrió, pues, á su dormitorio, donde reinaba un espantoso desbarajuste de muebles que no quieren ser vistos, de cosas heterogéneas en materia de elegancia, un verdadero carnaval doméstico. El desvergonzado Lupeaulx encontró tan atractiva á su hermosa asustada, que la siguió hasta su cuarto, pues no sé qué de grato atraía la mirada; la carne vista á través de las ropas parecía mil veces más seductora que cuando se estremecía graciosamente desde la curva circular trazada en la espalda por la costura de terciopelo hasta las redondeces fugitivas del cuello más bonito de cisne, en el que jamás amante alguno haya depositado un beso antes del baile. Cuando la mirada se pasea por una mujer ataviada que muestra un magnífico pecho, ¿no cree uno ver el postre de una hermosa comida? pero la mirada que se cuela por entre la ropa arrugada por el sueño descubre rincones sabrosos y se regala con ellos como el que devora una fruta robada que madura entre dos hojas de un espaldar.

—Espere usted, espere usted,—gritó la bonita parisiense procurando ocultar su desorden.

Llamó á Teresa, su camarera, á la cocinera y al criado implorando un chal para cambiar de decoración, y la decoración cambió, y en un instante otro fenómeno: el cuarto tomó un aspecto de mañana muy atractivo, en armonía con un tocado repentinamente combinado para mayor gloria de aquella mujer eminentemente superior en esto.

—¿Usted, y á esta hora?—le preguntó.—¿Qué pasa?

—Las cosas más graves del mundo—respondió Lupeaulx.—Se trata hoy de que nos entendamos bien.

—Mi principal vicio—respondió ella,—estriba en ser prodigiosamente caprichosa; así es que no mezclo mis afectos con la política, hablemos de política y de negocios, y después veremos. Por otra parte, no es un capricho, sino una consecuencia de mi gusto de artista lo que me prohíbe hacer chillar los colores, aliar cosas disparatadas y evitar á toda costa las disonancias. También nosotras, las mujeres, tenemos nuestra política.

El sonido de su voz y la gentileza de sus modales habían producido su efecto y habían metamorfoseado la brutalidad del secretario general. Ella había logrado recordarle sus obligaciones de amante. Una mujer bonita y hábil se crea